

fundada en la dentadura, con el mismo número de dientes y con absoluta analogía en los premolares y en molares. Una identidad en el esqueleto y en el sistema muscular. Poseen un apéndice como nosotros, y si no tienen un lenguaje articulado como el hombre, se debe al poco desarrollo de los músculos de la laringe. Las relaciones biológicas de la sangre del hombre son análogas a las de la sangre de los simios superiores. Además, sólo estos monos tienen el triste privilegio de contraer nuestras infecciones, como la fiebre tifoidea, la sífilis, etc., etc.

En vista de estos datos, era lógico presumir que los órganos de los monos superiores transplantados al cuerpo del hombre encontrarían las mismas condiciones de vida que en su primer huésped y podrían adaptarse a la nueva existencia en este medio que le es familiar, tan distinto de las condiciones que se ofrecen a los injertos procedentes de corderos, etc., y que he condensado en mi libro «Tratado de los injertos humanos». La semejanza de nuestra sangre y de nuestros tejidos con los de los monos superiores es tal, que la trasplatación de un órgano de estos monos al hombre puede ser asimilada al injerto de hombre a hombre. He podido presentar a la Academia de Medicina la observación de un niño, al cual injerté en el cuello una glándula tiroidea de un gran mono papión, con un gran éxito que ha excedido a todas las esperanzas. Este niño de catorce años, corso, con hermanos normales, tenía desde pequeño gran enitid y apatía, y después de sarampión, a los ocho años, los síntomas de un mixedema por alteración post-infecciosa de un tiroides poco desarrollado congénitamente. Este diagnóstico fue confirmado por el beneficioso efecto de la opoterapia tiroidea, aunque, como es natural, en cuanto este tratamiento cesaba reaparecían los síntomas de la enfermedad. La inteligencia del niño era muy inferior a la de sus compañeros de edad, y cuando yo le ví ofrecía la cara del imbécil mixédematoso, tan gráfica e inconfundible. Propuse hacer el injerto de las tiroides del padre o de la madre, sin que fuese aceptada la idea, y entonces decidí injertar el tiroides del papión, operación que se llevó a cabo en Niza el 5 de Diciembre de 1913, delante de 19 médicos.

La glándula fué perfectamente tolerada por el organismo del niño, sin que se siguiera ninguna eliminación. Suprimida la medica-